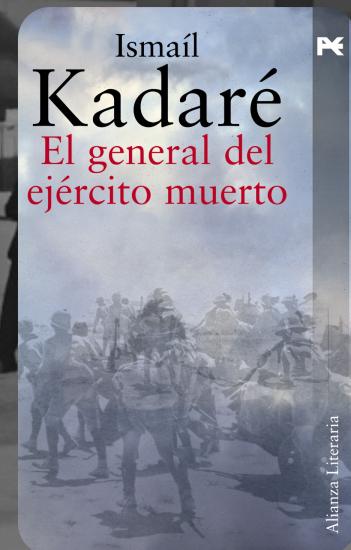




La Escalera

Lugar de lecturas



COMIENZA A LEER...

ISMAÍL
KADARÉ

EL GENERAL DEL EJÉRCITO MUERTO

Ismaíl Kadaré

*Aquí los tenéis, tomadlos.
El terreno era difícil y el mal tiempo
se ensañaba con nosotros.*

PRIMERA PARTE

Capítulo I

Sobre la tierra extranjera caía una mezcla de agua y nieve. La pista de cemento, los edificios, los guardias del aeropuerto estaban empapados. La nieve fundida bañaba la llanura y los cerros y hacía relucir el asfalto negro de la carretera. Si no hubiera sido el comienzo del otoño, a cualquier otra persona que no fuera el recién llegado general aquella lluvia monótona le habría parecido una triste coincidencia. El general llegaba a Albania procedente de un Estado extranjero, con el fin de repatriar los restos de sus compatriotas muertos en todos los rincones del país durante la última guerra mundial. Las conversaciones entre los dos gobiernos se habían iniciado en la primavera, pero los acuerdos definitivos sólo llegaron a firmarse a últimos de agosto, justo en el momento en que comenzaron las primeras precipitaciones. Era, por tanto, otoño y la lluvia caía a su tiempo. El general lo sabía. Antes de partir se había informado, entre otros varios aspectos, acerca del clima de Albania y sabía que el otoño era allí húmedo y lluvioso. Pero aunque el libro que había leído dijera que en Albania el otoño era soleado y seco, a él no le habría resultado insólita aquella lluvia. Todo lo contrario, y la razón era que siempre le había parecido que su misión únicamente podía llevarse a cabo con mal tiempo. Puede que las lecturas y las imágenes de películas que acudían a su memoria no fueran ajenas a ese estado de ánimo, pero en todo caso el viaje en avión y el tiempo sombrío lo habían acentuado.

Durante largo rato había observado desde la ventanilla del avión la imagen amenazadora de las montañas. Se diría que sus agudas cumbres fueran a rasgar en cualquier momento el vientre del aparato. Por doquier tierras abruptas. Sombrías laderas que se precipitaban bruscamente bajo la niebla. En aquellos abismos y barrancos, por toda aquella vasteridad invernal,

se pudría bajo la lluvia el ejército que él venía a exhumar. Ahora que contemplaba por primera vez la tierra extranjera, experimentaba con mucha más claridad el turbio miedo que le ocasionaba desde hacía muchos meses la sensación de irrealidad a la que estaba unida su misión. Su ejército estaba allá abajo, fuera del tiempo, inmóvil, calcificado, cubierto por la tierra, y él había asumido la tarea de alzarlo del barro. La sola idea le causaba temor. La suya era una misión antinatural, en la que la ceguera, la mudez y la absurdidad estarían siempre presentes. Las consecuencias eran impredecibles.

La tierra, que finalmente había hecho aparición abajo, en lugar de proporcionarle alguna sensación de seguridad con su imagen real, había, por el contrario, acrecentado su miedo. A la indiferencia de los muertos se sumaba también la de ella. Mas no se trataba sólo de indiferencia. Había algo más. La loca carrera bajo la niebla, aquellos contornos tortuosos que parecían causados por el dolor no expresaban sino hostilidad.

Por un momento le había parecido imposible cumplir su misión. Después, penosamente, hizo esfuerzos por recuperarse. Trató de oponer al efecto de la visión hostil de la tierra y sobre todo de las montañas el sentimiento de orgullo por su tarea. Retazos de discursos y artículos, fragmentos de conversaciones, himnos, escenas cinematográficas, ceremonias, páginas de memoriales, campanadas; toda esa reserva hundida en las profundidades de su conciencia salía lentamente a la superficie. Miles de madres esperaban en su país el regreso de los restos de sus hijos. Él se los devolvería, llevaría a término su alta y sagrada misión. No escatimaría nada. Ninguno de los caídos debía ser olvidado, ni uno solo quedaría en tierra extranjera. ¡Sí, la suya era una noble misión! Varias veces durante el viaje se había repetido las palabras que le dijera una ilustre y respetable dama antes de partir: «Como un ave orgullosa y solitaria, volarás sobre aquellas montañas trágicas para arrancar de sus gargantas y sus garras a nuestros desventurados hijos».

Pues bien, he aquí que el viaje tocaba a su fin. Desde que dejaron las montañas atrás y comenzaran a sobrevolar los valles y luego las llanuras, el general se sintió más aliviado.

El avión descendía sobre la pista mojada. Luces rojas, verdes. Un soldado con capote. Otro más. Ante el edificio de la terminal del aeropuerto varias personas con gabardina se dirigían hacia el avión que se detenía.

El general fue el primero en descender. Detrás, el sacerdote que lo acompañaba. El viento húmedo se estrelló con violencia contra sus caras y los obligó a alzarse los cuellos de los abrigos.

Un cuarto de hora más tarde sus automóviles rodaban velozmente en dirección a Tirana.

El general volvió la cabeza hacia el cura, que miraba silencioso por la ventanilla. Su rostro aparecía hermético, carente de toda expresión. El general comprendió que no tenía nada que decirle y encendió un cigarrillo. Luego volvió a mirar afuera. Los contornos de la tierra extranjera se le aparecían troceados y deformados por efecto de los chorros de agua que resbalaban por el cristal.

A lo lejos se oyó el pitido de un tren. El general intentó averiguar por dónde pasaría, si por su lado o por el del cura. Lo hizo por el suyo. Lo siguió con la mirada hasta que se perdió en la niebla. Después se volvió nuevamente hacia el cura, pero el rostro de éste continuaba igualmente hermético e inexpresivo. El general sintió otra vez que no tenía nada que decirle; comprendió incluso que no tenía nada más en qué pensar. Ya lo había meditado todo durante el trayecto. Ahora estaba cansado. Era preferible no continuar agitando su cerebro. Ya era suficiente. Mejor sería, por ejemplo, comprobar en el espejo retrovisor si llevaba en regla el uniforme.

Caía la tarde cuando entraron en Tirana. La niebla se mantenía suspendida sobre los edificios, las luces y los troncos desnudos de los árboles de los parques. El general se reanimó. A través del cristal observaba a los numerosos transeúntes que se apresuraban bajo la lluvia. Hay muchos paraguas aquí, se dijo. Querría haberle dicho algo al cura, pues el silencio ya empezaba a incomodarle, pero no sabía qué. De su lado vio una iglesia, más allá una mezquita. Del lado del cura se alzaban edificios inacabados, recubiertos de andamiajes. Las grúas, con sus luces como ojos rojos, se movían entre la bruma semejando monstruos. El general mostró al cura la iglesia y la mezquita, pero el otro no manifestó el menor interés. Eso

significa que será difícil que le interese cosa alguna, pensó el general. Parecía encontrarse a gusto ahora, pero no tenía con quién conversar. El acompañante albanés viajaba delante del cura, mientras el diputado y un representante del ministerio, que los habían recibido en el aeropuerto, venían tras ellos en otro coche.

En el hotel Dajti el general se sintió en forma. Fue a su habitación y se cambió de uniforme. Luego bajó a la recepción y solicitó una conferencia telefónica con su familia.

El general, el cura y los tres albaneses tomaron asiento en torno a la mesa. Charlaban sobre asuntos diversos e intrascendentes. Eludían los temas políticos y sociales. El general se mostraba serio y atento. El cura hablaba poco. El general dio a entender que él era el personaje principal, aunque el cura hablara menos. Divagó sobre las hermosas tradiciones que la humanidad ha ido creando en torno a las exequias de los soldados. Mencionó a los griegos y a los troyanos, que honraban con gran magnificencia a sus muertos durante las treguas entre las batallas. Era muy entusiasta con su misión. Cumpliría cabalmente con aquel deber arduo y sagrado. Miles de madres esperaban a sus hijos. Llevaban más de veinte años esperándolos. Es verdad que esta espera era algo diferente de aquella otra, cuando aún confiaban en que sus hijos regresasen vivos, aunque, de todos modos, también se espera a los muertos.

Él devolvería a esas madres los huesos de sus hijos, a quienes estúpidos generales no supieron conducir en la guerra. Se sentía orgulloso por ello. Y haría lo imposible...

—Señor general, su conferencia...

El general se puso en pie lleno de vivacidad.

—Discúlpennme, señores.

Con paso largo y majestuoso se dirigió a la centralita del hotel. Regresó con idéntica majestad, todo él resplandeciente. En la reunión se tomaba café y coñac. La conversación era ahora más cálida. De nuevo el general dio a entender que él era el principal personaje de aquella misión, pues el cura, aunque ostentaba el grado de coronel, en esta ocasión sólo figuraba como representante espiritual. Él era el jefe y como tal tenía el privilegio de conducir la conversación hacia los temas que se le antojaran: las marcas de

coñac, las distintas capitales del mundo, los cigarrillos... Se sentía verdaderamente a gusto en aquel salón del hotel cubierto de pesados cortinones, percibiendo los sones de la música extranjera, quizá incluso algo más que extranjera. Aunque siempre había apreciado la comodidad y los privilegios materiales —le encantaban los viajes al extranjero: había algo de excitante en el lujo de los grandes hoteles internacionales, en los aeropuertos provistos de pabellones de decenas de países, en las lenguas extranjeras—, encontró sorprendente que se le despertara, así de repente, aquel apego al confort, la satisfacción ante todos los objetos que veía a su alrededor en aquella sala, desde los cómodos sillones hasta el zumbido agradable de la cafetera exprés. Más aún que apego, tal vez se tratara de cierta nostalgia premonitoria por algo que sentía que debería abandonar durante largo tiempo.

El general estaba radiante. Él mismo no era capaz de explicarse el motivo de ese acceso de imprevista satisfacción. Era la alegría del viajero que encuentra cobijo tras un trayecto peligroso bajo un tiempo adverso. La pequeña copa ambarina del coñac comenzó a desplazar progresivamente en su memoria la imagen pálida y amenazadora de las montañas que, incluso ahora, sentado a la mesa, lo asaltaba inquietante una y otra vez. «Como un ave orgullosa y solitaria...». Y de pronto tuvo conciencia de su poder. Los cuerpos de decenas de miles de soldados, cubiertos por la tierra, habían esperado largos años que viniera; y he aquí que por fin había llegado, cual nuevo mesías, provisto de mapas, listas y anotaciones infalibles, para alzarlos del barro y restituírse a sus padres y parientes. Otros generales habían conducido aquellas columnas interminables de soldados al fracaso y el aniquilamiento, pero él venía a rescatar del olvido y de la muerte lo que hubiera quedado de ellos. Recorrería cementerios y cementerios por doquier, buscaría por los antiguos campos de batalla hasta hallar a todos los desaparecidos y extraviados. En su combate con el barro no conocería la derrota, pues estaba investido de la fuerza mágica que proporcionan las estadísticas minuciosas.

Él representaba a un país grande y civilizado; su labor debía estar por lo mismo marcada por la grandeza. Había, en efecto, en su tarea algo de la majestad de los griegos y los troyanos, de la magnificencia de los funerales

homéricos. ¡Ah, boquiabiertos quedarían los albaneses de innumerables paraguas!

El general apuró una copa más. A partir de esa misma noche y en adelante, cada día, lejos en su país, todos los que esperaban dirían de él: «En este mismo momento está buscando. Nosotros paseamos, vamos al cine, al restaurante, al café, mientras él recorre de un confín a otro la tierra extranjera y busca. Busca, abre tumbas. ¡Ardua tarea la suya! ¡Pero él sabrá llevarla a buen término! ¡No en vano fue el elegido! ¡Que Dios le preste ayuda!».

Capítulo II

La exhumación del ejército dio comienzo el 29 de octubre a las dos de la tarde.

El pico emitió un sonido sordo al hundirse en el suelo. El cura se persignó. Saludó marcialmente el general. El viejo obrero de los servicios municipales alzó de nuevo su herramienta y golpeó la tierra con fuerza.

Así pues, ya hemos comenzado, se dijo conmovido el general, observando los terrones mojados que rodaban a sus pies. Era la primera tumba que abrían y todos se mantenían expectantes en torno, como petrificados. El experto albanés, un joven de buena planta con el cabello rubio y el rostro enjuto, tomaba notas en su cuaderno. Dos de los obreros de los servicios municipales fumaban un cigarrillo, mientras un tercero chupaba su pipa con fruición y el último, el más joven, vestido con un jersey de cuello alto, se apoyaba en el astil del pico y observaba el cuadro con aire pensativo. Debían aprender el procedimiento que habrían de seguir en adelante en las labores de exhumación, y todos seguían atentamente la maniobra. Los detallados pormenores preceptivos figuraban en los párrafos 7 y 8 del cuarto anexo del contrato.

El general clavó los ojos en el montón de tierra que crecía a los pies del obrero. Los terrones eran negros, quebradizos y despedían un leve vapor.

Ahí está, la tierra extranjera, se dijo. Una tierra como cualquier otra. El mismo barro negro, los mismos guijarros, las mismas raíces y hierbajos, el mismo vaho. Y sin embargo, extranjera.

A espaldas de ellos, sobre la carretera, se oía a intervalos el claxon de los coches que pasaban velozmente. El cementerio se hallaba junto a la carretera, como suele suceder con las tumbas de los soldados. Al otro lado

las vacas pastaban y su mugido espaciado se difundía con mansedumbre por el valle.

Estaba un poco conmovido el general. El montón de tierra no cesaba de crecer y un cuarto de hora más tarde el obrero estaba hundido en la zanja hasta las rodillas. Salió para descansar unos minutos, mientras otro de sus compañeros sacaba a paladas la tierra que él había removido con el pico; luego volvió a meterse en el hoyo.

Alta en el cielo, una bandada de gansos volaba sobre ellos.

Un campesino solitario pasaba por la carretera llevando un caballo de las riendas. Ignoraba al parecer los menesteres a que se dedicaban, porque les voceó:

—¡Buen trabajo!

Ninguno de los del grupo que rodeaba la fosa le respondió, de modo que el campesino continuó su camino.

El general contemplaba alternativamente la tierra removida y las caras de los trabajadores albaneses, tranquilas y graves.

¿Qué podrán estar pensando?, se preguntó. Estos cinco hombres van a extraer de sus tumbas a todo un ejército.

Pero no logró sacar ninguna conclusión de las expresiones de sus rostros. Dos de ellos encendieron nuevamente un cigarrillo, el tercero continuaba chupando su pipa y el otro, el más joven, siempre apoyado en el mango del pico, seguía con la mirada ausente.

El de más edad, ahora hundido en el foso hasta la cintura, escuchaba las indicaciones del experto. Después de un rato de conversación reanudó su tarea.

—¿Qué dice? —preguntó el general.

—No lo he oído bien —respondió el cura.

Todo el grupo guardó un silencio de funeral.

—¡Menos mal que no se ha puesto a llover! —exclamó el cura.

El general alzó los ojos. El horizonte se encontraba por todas partes sumergido en la bruma y no podría decirse con certeza si lo que se erguía a lo lejos, muy lejos, eran las cimas de las montañas o formas de la niebla.

A medida que cavaba, el obrero se hundía más y más en la tierra. El general observaba su cabeza encanecida, que oscilaba al ritmo de los golpes

del pico. Por el modo en que cavaba debía de ser el de mayor experiencia. Desde luego, de lo contrario no le habrían encomendado dirigir el equipo de cavadores que va a llevar a cabo las exhumaciones, se dijo el general. Habría deseado que cavara aún más deprisa, que las tumbas quedaran abiertas cuanto antes y cuanto antes aparecieran todos los caídos. Estaba impaciente por que el resto de los obreros comenzaran también a cavar. Entonces él sacaría las listas, éstas se llenarían de pequeñas cruces rojas y cada una de ellas representaría a un soldado recuperado.

Los golpes del pico sonaban ahora profundos, como provenientes de las entrañas de la tierra. De pronto el general se sintió invadido por una inmensa alarma.

—¿Y si el soldado no apareciera en el fondo de la fosa? —¿Y si los planos no fueran exactos y se vieran obligados a cavar dos, tres hoyos distintos para encontrar a cada soldado?

—¿Y si no encontráramos nada? —le dijo al cura.

—Tendremos que volver a cavar. Si es preciso, pagaremos el doble.

—No es cuestión de dinero. Lo único que importa es que los encontremos.

—Tenemos que encontrarlos —replicó el cura—. No puede ser de otro modo.

El general lo miró a los ojos, inquieto.

—Se diría que jamás se hubiese combatido en este lugar —dijo—, que esas vacas color café hayan estado siempre aquí, pastando plácidamente...

—Eso es lo que parece siempre más tarde —respondió el cura—, han pasado veinte años desde entonces.

—Es verdad, ha pasado mucho tiempo, y eso es precisamente lo que me inquieta.

—¿Por qué va a inquietarse? —se extrañó el cura—. La tierra aquí es firme, y lo que guarda en su interior permanece en su lugar durante muchos años.

—Sí, así es. Pero ni yo mismo sé por qué no puedo hacerme a la idea de que ellos se encuentran aquí, tan cerca de nosotros, a sólo dos metros de profundidad bajo nuestros pies.

—Eso es porque usted no ha estado nunca en Albania durante la guerra —dijo el cura.

—¿Fue realmente tan terrible?

—Sí, terrible.

El viejo obrero estaba ya casi por entero hundido en la zanja. El pequeño círculo que componían los demás se había ido estrechando en torno a él. El experto albanés, con el cuerpo doblado por la mitad al borde del foso, no cesaba de dar instrucciones al tiempo que hacía señas con la mano.

La tierra estaba repleta de menudos guijarros que emitían un sonido opaco al chocar con el metal del pico. El general recordaba fragmentos de relatos de los veteranos que acudieron a su casa antes de la partida, interesándose por las tumbas de sus camaradas caídos en Albania.

Mi bayoneta chocaba con las piedrecillas y al frotar contra ellas producía un ruido escalofriante. Yo rasgaba el barro con toda la fuerza de que era capaz, pero mi improvisado instrumento era impotente frente a la tierra. Arrancaba trabajosamente un puñado de barro y me decía con pesar: ¡Ah, si hubiera estado en el cuerpo de ingenieros, tendría una pala y podría cavar más deprisa, deprisa, deprisa! Porque allí cerca, con las piernas colgando dentro de una zanja llena de agua, estaba tendido boca abajo mi mejor camarada. Cogí también la bayoneta que él llevaba al cinto y me puse a cavar con las dos manos a un tiempo. Quería que la fosa fuera bien honda, pues ése había sido su deseo. «Si muero, —me decía siempre—, entiérrame hondo, tengo miedo de que me descubran los perros como aquella vez en Tepelena. ¿Te acuerdas de lo que habían hecho los perros en Tepelena?». «Me acuerdo», le decía yo y fumaba mi cigarrillo. Y ahora que lo habían matado, mientras cavaba la tierra pensaba: No te preocunes, tu fosa será profunda, muy profunda. Cuando hube acabado mi tarea, allané el suelo lo mejor que pude y no puse encima señal alguna, ni siquiera una piedra, pues él temía que sirviera para que lo descubrieran y volvieran a sacar su cuerpo de la tierra. Me alejé a través de la noche en dirección contraria a las

ametralladoras y, sin parar de caminar, volví la cabeza hacia la oscuridad donde había dejado a mi compañero y pensé: «No temas, no podrán encontrarte».

—Todavía nada, por lo que parece —dijo el general esforzándose por dominar su nerviosismo.

—Aún es pronto para decirlo —respondió el cura—. No hay que desesperar.

—De todos modos, en la guerra no suelen enterrar a los muertos a tanta profundidad.

—Tal vez se trate de un segundo enterramiento —dijo el cura—. Ha sucedido con frecuencia que los desenterraran para volverlos a enterrar por segunda o hasta por tercera vez.

—Puede ser. Pero si todas las tumbas son así de profundas, no vamos a terminar nunca.

—En ocasiones tendremos que contratar obreros de refuerzo, aunque sea de forma provisional —anunció el cura—. Según los casos, hasta veinte de una sola vez.

—Tal vez incluso tengamos que contratar más en alguna oportunidad especial.

—Sí, es posible que se presente el caso.

—Hasta es posible que ciertos días nos veamos obligados a contratar un centenar.

—Quién lo sabe.

—Y a estos cinco, ¿los llevaremos permanentemente con nosotros?

—Sí. Es lo estipulado en el contrato.

—Pero ¿qué está haciendo esta gente? —se impacientó el general—. ¿Aún no han encontrado nada?

—Ya han llegado a la máxima profundidad —dijo el cura—. Si hay algo, es el momento de que den con ello.

—Tengo la impresión de que empezamos mal.

—Puede que se haya producido un corrimiento de tierras —dijo el cura—. Aunque los mapas no señalan ninguna actividad sísmica por aquí.

El experto albanés se inclinó todavía más sobre la fosa mientras los demás se aproximaban.

—¡Aquí está! Lo encontré —exclamó el viejo obrero, y su voz llegó a ellos profunda y ahogada, pues pronunció estas palabras con la cabeza dentro del hoyo.

—Lo encontró —repitió el cura.

El general aspiró hondamente. El resto de los obreros se puso de inmediato en actividad. El más joven, el que permanecía en todo momento pensativo apoyado en el astil del pico, le pidió un cigarrillo a su compañero y lo encendió.

El viejo obrero comenzó a extraer los huesos a la superficie paletada a paletada. No había en su aspecto nada impresionante. Mezclados con la tierra esponjosa, parecían pedazos de madera podrida entre ella. Todo alrededor se percibía el aroma agradable de la tierra removida.

—¡El desinfectante! —gritó el experto—, traed el desinfectante.

Dos trabajadores corrieron hacia el camión, detenido al borde de la carretera, detrás del automóvil.

El experto encontró algo de pequeño tamaño entre los restos y se lo tendió al general, sujetándolo con unas pinzas.

—Es un medallón. No lo toquen, se lo ruego.

El general acercó la cabeza y distinguió apenas la efigie de la Virgen.

—El medallón de nuestros soldados —dijo en voz baja.

«¿Sabes por qué llevamos todos este medallón?», me dijo un día. «Para reconocer nuestros cuerpos si nos matan. —Y sonrió con ironía —. ¿Tú crees realmente que van a andar buscando nuestros huesos? Aunque, está bien, pongamos que nos encuentran: ¿acaso piensas que eso me sirve de consuelo? No existe hipocresía mayor que ponerse a buscar los huesos de los muertos, cuando la guerra ya ha terminado. Por lo que a mí respecta, no quiero que me hagan ese favor. Que me dejen en paz allí donde haya caído. Algún día tiraré este maldito medallón». En efecto, un día lo tiró, y se quedó sin él.

Una vez concluida la desinfección, el experto tomó, uno por uno, las medidas de algunos de los huesos y luego estuvo un rato haciendo cálculos en su cuaderno, sosteniendo la estilográfica torcida entre sus dedos delgados y largos.

—Altura, un metro setenta y tres —dijo.

—Exacto —corroboró el general después de haber verificado el dato en su propia lista.

—Empaquetad los huesos —les dijo el experto a los obreros.

El general siguió con la mirada al más viejo de ellos, que fue a sentarse sobre una piedra al borde de la carretera, extrajo la petaca y se puso a liar un cigarrillo con aire cansado.

¿Por qué me mirará este hombre de ese modo?, se dijo el general para sus adentros.

Pasados unos minutos, la tierra comenzó a ser excavada en cinco puntos a la vez.

—Estamos hechos un lío —dijo el general—. Tengo la impresión de que nos hemos metido en un atolladero.

—Consultemos una vez más los mapas.

—No hay quien entienda nada. Están confundidos los números de las cotas.

—Por lo que se ve, los croquis de las tumbas fueron hechos deprisa y corriendo, en plena retirada.

—Es posible.

—Hagamos un intento más hacia la derecha. ¿Adónde conduce este camino?

—A las tierras de la cooperativa vecina.

—Vamos a probar por ahí.

—Es inútil.

—¡Maldito barro!

—De todos modos, es preciso intentarlo por la derecha.

—Ese camino no nos va a conducir a ninguna parte.

—Esto no es una búsqueda, esto es puro pánico.

—¡Qué barro!

—Estamos atascados.

Sus voces inquietas se alejaron al mismo tiempo que sus pasos por la llanura.

Capítulo III

Al cabo de tres semanas regresaron a Tirana. Era por la tarde. Su automóvil verde se detuvo ante la entrada del hotel Dajti, bajo el grupo de altos pinos que se encontraba junto al edificio. El general fue el primero en echar pie a tierra. Tenía aspecto de estar cansado, abatido. Los rasgos de su rostro daban incluso la impresión de que hubiera adelgazado, o al menos eso parecía a la luz roja del rótulo luminoso del hotel. Su mirada rígida se detuvo por unos instantes sobre el coche. Si al menos hubiésemos limpiado un poco el barro, pensó con irritación. Pero acababan de llegar, de modo que no podía culparse al chófer de que el automóvil estuviera sucio. El general lo sabía, sin embargo se negaba a admitir las razones.

Subió aprisa la escalinata, recogió el correo en la recepción, pidió una conferencia telefónica con su casa y se dirigió a paso lento a su habitación.

El cura se había retirado directamente a la suya.

Una hora más tarde, después de haberse dado una ducha y haberse cambiado de ropa, ambos se sentaban a una mesa en el salón de la planta baja.

El general pidió rakí, el cura cacao con leche. Era sábado. De abajo, de la taberna del sótano, llegaba el sonido de la música. Al fondo del salón se veían algunas parejas de jóvenes que iban y venían a través de la escalera que daba acceso a la sala de baile. También el vestíbulo estaba concurrido. En cuanto al salón, presentaba un aspecto noble y austero, con sus cortinajes oscuros y sus grandes sillones.

—Finalizó por fin nuestra primera gira —dijo el general.

—Sí, por fin.

—¿Qué piensa usted, conseguiremos terminar el trabajo en un año, como habíamos previsto?

—¿Qué quiere que le diga? —respondió el cura—. Eso depende de las dificultades que se nos presenten y del tiempo. De cualquier modo, confío en que el año que viene por estas fechas habremos terminado.

—Eso espero yo también —añadió el general—. Creo que la idea de comenzar la búsqueda por las zonas próximas a las ciudades es correcta. Aunque, como es natural, las mayores dificultades se nos presentarán en las aldeas del interior, sobre todo en las comarcas montañosas más apartadas.

—Usted se encuentra en mejores condiciones para juzgar —dijo el cura.

—En las montañas lo vamos a pasar mal.

—Eso creo yo también.

—Aunque tampoco ellos lo tuvieron fácil.

—Es verdad.

—Mañana estudiaré nuevamente los mapas y elaboraré un plan concreto para nuestra segunda salida.

—¡Con tal de que no se estropee el tiempo!

—Qué le vamos a hacer. Estamos en otoño.

El cura bebía sosegadamente su cacao sosteniendo la taza entre el índice y el pulgar de su mano de largos y finos dedos.

Es un hombre guapo, se dijo el general observando a hurtadillas el perfil altivo e impasible del cura. Luego, súbitamente, se preguntó: ¿Qué relaciones habrá tenido con la viuda del coronel? Algo ha debido de haber entre ellos. Ella es hermosa; sobre todo allá en la playa y en traje de baño estaba estupenda. Entonces, cuando él aludiera en cierta ocasión al cura, ella no pudo evitar enrojecer y bajó los ojos. ¿Qué podrá haber entre ellos?, se preguntó nuevamente el general, sin apartar la mirada del rostro de su compañero.

—Pese a todos nuestros esfuerzos, no hemos conseguido dar con el coronel Z. —dejó caer en tono descuidado.

—Tal vez lo encontraremos, no hay que perder la esperanza —respondió el cura bajando la cabeza—. Confío en que lo encontraremos.

—Lo veo difícil, desconocemos por completo las circunstancias de su desaparición.

—Va a ser difícil, en efecto —corroboró en tono seco el cura—, pero no estamos más que empezando nuestra búsqueda. Aún tenemos mucho

tiempo por delante.

—¿Qué es lo que habrá llegado a hacer con la viuda del coronel?, volvió a preguntarse el general. Sentía verdadera curiosidad por saber hasta dónde era capaz de llegar aquel reverendo padre con una mujer joven.

—Debemos dar con el paradero del coronel cueste lo que cueste —declaró el general—. Es el único oficial superior cuyos restos no han sido repatriados hasta el momento. Los demás ya lo fueron hace tiempo. Y su familia espera con ansiedad el resultado de nuestra misión, sobre todo la esposa...

—Sí, ella se interesó mucho —dijo el cura.

—¿Ha visto usted la tumba del coronel? Un sepulcro sumuoso todo de mármol que le hizo construir la familia.

—Sí —dijo el cura—. Me la mostraron antes de que partíramos hacia aquí.

—Una tumba verdaderamente magnífica —continuó el general—, con una estatua y jardineras plantadas de rosales rojos y blancos todo alrededor. Sólo que está vacía.

El cura no respondió.

Permanecieron ambos en silencio durante un largo rato. El general bebía rakí, al tiempo que observaba todo lo que lo rodeaba y percibía en torno la vida extranjera. De pronto se sintió completamente solo. Solo con las tumbas de sus soldados muertos. ¡Diablos! Habría querido desechar de su espíritu aquellas sepulturas, las tumbas de sus «hermanos», no volver a recordarlas a cualquier precio. Ya había permanecido bastante entre ellas durante los últimos quince días, en compañía del cura. Dos semanas enteras, noche y día, cada hora, cada minuto. Ahora deseaba sentirse libre, escapar de ellas, no evocar siquiera su recuerdo. Era sábado. Había esperado con impaciencia ese momento de relajamiento, distraerse. Era un ser humano vivo, necesitaba algo de diversión. Se trataba de un derecho suyo indiscutible.

De abajo llegaban ahogados los sones de la música. Allí la gente bebía, bailaba...

—Debemos distraernos un poco —dijo en voz baja, sustituyendo por «distraernos» la palabra «divertirnos», que era la que acudía a su mente.

El cura levantó los ojos. Era evidente que no.

Y tenía razón. Él habría querido hacerlo, bajar y ponerse a bailar, pero sin duda habría estado fuera de lugar, un general extranjero, encargado encima de una misión gubernamental. Sólo que se trataba de una fúnebre misión. Se encontraba de mal humor. O tal vez se tratara del cansancio, que iba haciendo su efecto. De cualquier modo, se daba cuenta de que no tenía nada que hacer en una pista de baile, y mucho menos en medio de aquel pueblo con el que sus soldados se habían enfrentado a muerte en una guerra despiadada. El general bajó los ojos sobre el ceníceros repleto de colillas. Comprendió en ese instante que durante las semanas, los meses que siguieran del largo itinerario que acababa de iniciarse, no volvería a repetir semejantes palabras. La incipiente rebeldía había sido aplastada de inmediato. De ahora en adelante estaría solo con ellos. Continuamente.

Sí, estaba en verdad muy cansado. Todos esos caminos tortuosos, las tumbas mojadas, apretadas unas contra otras a veces, otras veces aisladas, todo ese barro interminable y desesperante, los fortines a medio derruir (tampoco de éstos, como de los soldados, habían quedado más que los esqueletos); y después la confusión que venían a añadir los enterramientos de soldados de otros países mezclados con los suyos, las actas, las minutas con el representante de los servicios municipales, las formalidades imprescindibles para efectuar los depósitos de divisas en el banco, ¡no eran más que embrollos que se sumaban los unos a los otros! Lo más delicado y difícil era, de todos modos, distinguir a los muertos de los diversos ejércitos. Surgían frecuentes contradicciones entre los diferentes testimonios; los viejos confundían los acontecimientos y las guerras. Nada era preciso ni cierto. Solamente el barro conocía la verdad.

El general volvió a apurar el vaso.

—Esa barraca, allá en mitad del erial —murmuró—. Ese almacenero...

Antes de que entraran en Tirana (tenían prohibido penetrar en las ciudades con los restos) habían realizado la entrega en algún lugar de la periferia, en un barracón destinado al almacenaje y edificado con este propósito de acuerdo con los términos del contrato.

—El barracón, el almacenero... y el perro a la puerta...

El cura no dijo nada.

Echó una mirada alrededor. El salón, como era habitual, estaba tranquilo. Tan sólo al fondo, en un rincón, algunos jóvenes se contaban cosas y se echaban a reír una y otra vez. Únicamente se les veían las espaldas. Más allá se distinguía a una pareja también joven, de novios al parecer, que más parecían mirarse el uno al otro que conversar. El muchacho tenía una cabeza proporcionada, frente recta y alta, y una mandíbula inferior de notables dimensiones. Tipo alpino, pensó el general.

El camarero se mantenía erguido detrás del mostrador. Su cabeza redonda se elevaba serena entre las bandejas de naranjas y manzanas.

Entró un hombre menudo con una cartera en la mano y tomó asiento ante una mesa junto al aparato de radio.

—Lo de costumbre —le dijo al camarero.

Mientras éste le preparaba el café, el hombre menudo extrajo de la cartera un grueso cuaderno y comenzó a escribir. Tenía las mandíbulas estrechas y sus mejillas eran apenas perceptibles. Cuando aspiraba el humo del cigarrillo se le formaban dos hoyos en la cara que permitían distinguir claramente la estructura de sus maxilares.

—¡Bueno, pues éstos son los albaneses! —dijo el general, como si reanudara una conversación interrumpida—. Gente de lo más común. No es posible imaginar siquiera que en la guerra puedan convertirse en fieras.

—¡Oh! ¡Si supiera cómo se transforman a la hora de pelear!

—¡Y pensar que son tan pocos!

—No son tan pocos —replicó el cura.

Un nuevo individuo, de frente oblicua, hizo su entrada en el salón.

—¡Qué diablo de tarea es la que nos han encomendado! Allá donde voy, en mitad de las carreteras o en los cafés, al mirar los rostros de la gente no hago más que intentar imaginar cómo es su calavera. ¿Me comprende usted? Desde hace algunos días ya no veo cabezas, sino únicamente cráneos sobre los hombros de las personas. Es extraño, ¿no le parece?

—Disculpe usted que me permita señalárselo, pero me parece que está bebiendo algo en exceso —le dijo el cura en tono comprensivo, al tiempo que lo miraba inquisitivamente con sus ojos grises.

En ese instante el general tuvo la impresión de que el color de aquellos ojos se confundía con el de la pantalla del televisor que se encontraba al

fondo del salón. ¡De un televisor que jamás funciona!, se dijo el general. O mejor aún, de una pantalla que siempre emite el mismo programa, del todo incomprensible además.

Contempló durante unos instantes el vaso transparente que hacía girar entre los dedos.

—¿Y qué debería hacer, según usted? —dijo con cierto grado de irritación—. ¿Qué me aconseja que haga? ¿Tal vez debería coger el aparato fotográfico y ponerme a posar para enseñarle los resultados a mi mujer cuando regrese, o bien llevar un diario y tomar nota de las curiosidades del país? ¿Eh? ¿Qué dice usted?

—Yo no he dicho nada semejante. Simplemente le he hecho notar que estaba bebiendo algo en exceso.

—Pues a mí lo que me sorprende es que usted no beba también. Me sorprende y mucho, se lo aseguro.

—Yo jamás he bebido alcohol —respondió el cura.

—Pues no hay ninguna razón para que no empiece a hacerlo ahora. Haga como yo, beba todas las noches para olvidar lo que ha visto a lo largo del día.

—¿Y por qué habría de olvidar lo que veo durante cada jornada? —se extrañó el cura.

—Porque nosotros dos tenemos la misma patria que todos estos infelices —el general golpeó la cartera con los dedos—. ¿Es que no siente usted lástima por ellos?

—Haga el favor de no ofenderme —dijo el cura—. Yo soy tan patriota como usted.

El general sonrió.

—¿Sabe? —dijo—. He observado que las palabras que intercambiamos desde hace tres días recuerdan extrañamente los diálogos de ciertas piezas teatrales modernas, por lo demás bastante aburridas.

También el cura sonrió.

—Qué se le va a hacer. De una forma o de otra, las conversaciones entre los seres humanos siempre se asemejan a los diálogos de los dramas o de las comedias.

—¿Le gusta el teatro contemporáneo?

—Hasta cierto punto.

El general lo miró a los ojos durante un buen rato. Finalmente apartó los suyos.

—Desventurados soldados —dijo de pronto, como si acabara de despertar de un sueño—. Se me rompe el corazón cuando pienso en ellos. Me siento como el padre adoptivo que cría a los niños abandonados por otros. A veces se siente más cariño por estos hijos que por los propios. Pero ¿qué puedo hacer yo por ellos?

—También a mí se me parte el corazón —dijo el cura—. Pero lo mismo que gotea sangre, rezuma odio.

—Ambos somos impotentes con sólo estas listas y nuestras actas en las manos. No hacemos más que correr tras sus muertes. Tratar de reunirlos uno por uno. ¿Cómo hemos podido caer tan bajo?

—Es el destino.

El general sacudió la cabeza.

¡Ya estamos como en el teatro!, pensó. Se diría que este cura es de metal. Pero ya me gustaría a mí averiguar lo metálico que era con la preciosa viuda del coronel Z., pensó sin apartar los ojos del rostro del otro. Hizo esfuerzos por imaginar cuál sería el proceder del cura a solas con una mujer como ella, cómo se despojaría de sus negras vestiduras para abrazarse a sus rodillas. ¿Realmente le habría gustado el cura a ella o lo habría hecho movida por el interés? Si es que en verdad había habido algo entre los dos... ¿Y a mí que me importa, a fin de cuentas?

Una voz, procedente del aparato de radio del salón, atrajo su atención, y aguzó el oído. El albanés le resultaba una lengua áspera. Se la había oído hablar repetidas veces ante las tumbas a los campesinos que acudían a prestar ayuda en las labores de desenterramiento. También todos aquellos muertos habrían sin duda escuchado hablar esta lengua fatal, pensó. Ahora debían de estar transmitiendo las noticias, porque la locutora repetía palabras que le resultaban familiares: Tel-Aviv, Bonn, Laos...

Cuántas ciudades distintas diseminadas por el globo, se dijo y de nuevo acudieron a su mente los soldados venidos a Albania de países tan diversos. Letreros de hojalata oxidada, cruces, marcas sobre el suelo, nombres mal escritos. Pero la mayor parte de las tumbas no mostraban el menor signo

distintivo. Todavía peor, la mayoría de los muertos no habían recibido propiamente sepultura. Se los encontraba amontonados en fosas comunes, directamente arrojados sobre el barro. Y los había incluso que no se encontraban siquiera en el barro, sino sólo en sus listas.

Habían encontrado los restos de uno de sus soldados en el museo de una minúscula ciudad del sur, edificado por algunos ciudadanos a quienes apasionaba el pasado de su villa natal. En una profunda celda de la vieja fortaleza encontraron, entre otros restos, los huesos de aquel hombre. Durante semanas y semanas, los arqueólogos aficionados, reunidos en el café de la ciudad, habían edificado hipótesis distintas cada día sobre el origen de los huesos. Dos de ellos incluso habían escrito un atrevido y enrevesado artículo con destino a una revista, cuando llegó a la pequeña población el grupo de buscadores de restos. El experto pasó accidentalmente por el museo y de inmediato reconoció el esqueleto por el medallón. (En su artículo, los aficionados avanzaban dos hipótesis diferentes sobre el origen del objeto: o bien se trataba de una suerte de ornamento, o bien de una moneda de la época romana). La visita del experto al museo puso término a todas las especulaciones. Un solo hecho quedaba por esclarecer: ¿cómo era posible que el soldado se hubiera introducido en los laberintos insondables de la fortaleza y por qué?

—¿Quién puede haber sido aquel soldado? —preguntó el general.

—¿Cuál? —preguntó extrañado el cura.

—El que encontraron en la fortaleza.

—Pero ¿no habíamos dado ya con su nombre?

—Sí, así es —dijo el general—. Pero me gustaría saber si se trata de uno de los soldados por los que se han interesado personalmente los familiares.

—¡Son tantos los que han venido en persona a rogarnos por sus allegados! —dijo el cura—. ¿Cómo vamos a acordarnos de todos los nombres?

—Tiene usted razón, es imposible. Además, hay muchos nombres iguales entre ellos. Las listas son larguísimas y yo ya no soy capaz de acordarme de ninguna de las peticiones que me hicieron.

—Sería un soldado como tantos otros —sentenció el cura.

—¿Qué necesidad habrá a estas alturas de todos esos nombres y de fichas personales con tantos detalles? —preguntó el general—. A fin de cuentas, ¿qué nombre va a tener un montón de huesos?

El cura sacudió la cabeza como si dijera: «Qué le vamos a hacer; así son las cosas».

—Deberían tener todos el mismo nombre, lo mismo que llevaban al cuello un medallón idéntico —prosiguió el general.

El cura no respondió. Se oía la música procedente de la sala de baile y el general no cesaba de echar humo.

—Nos mataron una tremenda cantidad de soldados —dijo como si hablara en sueños.

—Así es.

—Aunque también nosotros debimos de matar a muchos de los suyos.

El cura guardó silencio.

—Sí, también nosotros tuvimos que matarles a muchos —repitió el general—. Se ven sus tumbas por todas partes. Sería triste y terriblemente humillante que las tumbas de nuestros soldados estuvieran solas.

El cura movió la cabeza de tal modo que resultaba imposible saber si afirmaba o negaba.

—Bien pobre consuelo —dijo el general.

El cura agitó nuevamente la cabeza, como queriendo decir: «¡Qué se le va a hacer!».

—No le he comprendido —dijo el general—. ¿Cree usted que es un consuelo para nosotros, o no?

El cura extendió los brazos con las palmas de las manos vueltas hacia lo alto.

—Yo soy un hombre religioso, no puedo apoyar el homicidio —dijo.

—¡Oh! —exclamó el general.

Los dos novios se habían levantado y salían del local.

—Nos hemos destrozado unos a otros como fieras —prosiguió el general—. Porque estos demonios demostraron ser verdaderamente fieros en el combate.

—Eso tiene su explicación —dijo el cura—. No se trata en su caso de un coraje consciente. Es algo que emana de su propia psicología.

—No le comprendo —dijo el general.

—Es bien sencillo —continuó el cura—. En la guerra hay quienes se orientan por la razón, sea sólida o precaria; otros se dejan guiar por los instintos.

—Sí.

—Los albaneses son un pueblo rudo y atrasado. Al poco de nacer les colocan un fusil sobre la cuna, de modo que esa arma pasa a ser parte integrante de sus existencias.

—Ya se ve —dijo el general—. Incluso los paraguas los llevan como si se tratara de fusiles.

—Al convertirse desde la infancia en parte de su ser —reemprendió su explicación el cura—, un elemento constitutivo de su vida, el fusil ejerce un influjo directo en la psiquis del albanés.

—Es curioso.

—Y cuando el hombre ama, incluso rinde una suerte de culto a determinado objeto; siente, como es natural, deseos de utilizarlo. ¿Y cuál es el mejor uso que puede dársele a un fusil?

—Matar, por supuesto.

—Así es. Los albaneses siempre han sentido placer en matar o hacerse matar. Cuando no encontraban un enemigo contra el que combatir, se mataban entre ellos. ¿Ha oído usted hablar de su venganza?

—Sí.

—Pues es ese instinto atávico el que los impulsa en la guerra. Se trata de una necesidad dictada por su propia naturaleza, una exigencia. En tiempo de paz los albaneses se aturden, se adormecen como serpientes durante el letargo invernal. Únicamente en la guerra dan libre curso a su vitalidad.

El general cabeceó.

—La guerra es la condición normal de este país. Por eso sus habitantes son tan temibles en ella y causan más daño del que parecería lógico conociéndolos en otra circunstancia.

—Dicho de otro modo: este pueblo, con la sed de aniquilamiento, de autoaniquilamiento que lo devora, está destinado a desaparecer —dijo el general.

—Desde luego.

El general bebió un trago más. Ya articulaba las palabras con dificultad.

—¿Odia usted a los albaneses? —preguntó de pronto.

El cura esbozó una sonrisa amarga.

—No, ¿por qué?

El general se inclinó para hablarle al oído. El cura hizo un leve gesto de repugnancia al notar su aliento cargado de alcohol.

—¿Cómo que por qué? —le increpó el general en voz baja, como si le estuviera confiando un secreto—. Yo sé de sobra que, al igual que yo, usted los odia; aunque los dos nos lo callemos, puesto que las cosas están como están.

Capítulo IV

Se desearon buenas noches uno al otro y el general, después de cerrar tras él la puerta de su habitación, se sentó a una mesita iluminada por una lamparilla. Pese a lo avanzado de la hora no tenía sueño. Sobre la mesa se encontraba la cartera y de forma automática extendió la mano y la abrió. Extrajo las listas con los nombres de los soldados y se puso a hojearlas. Había una gran cantidad de ellas, grapadas en grupos de cuatro, cinco y hasta diez hojas. Iba mirándolas, leyendo de pasada por centésima vez el encabezamiento escrito en letras mayúsculas que llevaba cada una: «Regimiento Gloria», «Segunda División», «Segundo Cuerpo de Ejército», «División de Hierro», «Batallón Alpino», «3.^a Unidad Especial», «4.^º Regimiento de la Guardia», «División Victoria», «7.^a División de Infantería», «Batallón Azul» (Unidad de Castigo)... Se detuvo unos instantes en la última lista. El nombre del coronel Z. era el primero y a continuación seguían, por orden alfabético, los del resto de los muertos, oficiales, suboficiales y soldados, ordenados por pelotones y compañías. Batallón Azul, un bonito nombre, pensó el general.

Las listas habían comenzado a elaborarse en primavera. En las largas oficinas del ministerio, sentadas junto a las grandes cristaleras, las jóvenes mecanógrafas, vestidas y peinadas a la moda, golpeteaban con sus finos dedos las teclas de las máquinas de escribir. Era casi un ametrallamiento bajo sus miradas indiferentes, cercadas de rímel.

Dejó a un lado las listas nominales de base y sacó otras, repletas de notas y de pequeñas cruces rojas en los márgenes. Se trataba de las listas de uso práctico, que contenían indicaciones concretas para facilitar la búsqueda de los despojos. Aquí los soldados no estaban ordenados de acuerdo con las formaciones a las que habían pertenecido, sino según los

lugares donde habían caído, y junto a cada nombre estaba anotada la cota que se correspondía con la de los mapas topográficos, así como la talla del soldado y algunas precisiones sobre su dentadura. Los nombres de los que ya habían sido hallados estaban marcados con una pequeña cruz roja. Pero las cruces eran aún escasas.

Recordó que debía transcribir los resultados a las listas básicas y realizar el balance de la primera salida. Pero ya era tarde.

Sin saber qué hacer, reemprendió maquinalmente la lectura. En las listas que contenían detalles de uso práctico los títulos iban seguidos de su traducción entre paréntesis, y todos aquellos nombres de valles, gargantas, mesetas, cursos fluviales y ciudades se le antojaban extraordinarios y macabros. Le parecía que entre todos esos lugares se hubieran repartido los soldados muertos, unos más y otros menos, y que él había llegado ahora para arrebatarlos.

De nuevo su mirada se detuvo en una de las listas. Se trataba de la relación de desaparecidos, a la cabeza de la cual aparecía otra vez el nombre del coronel Z. «Un metro ochenta y dos, primer incisivo derecho de oro», leyó el general, para continuar examinando el resto de la lista. Uno setenta y cuatro, faltan dos premolares; uno sesenta y cinco, faltan los molares superiores; uno noventa, puente metálico para los incisivos superiores; uno setenta y uno, dentadura completa; ¡dos metros diez! Éste es sin duda el de mayor talla de la lista. ¿Quién sería el más alto de todos? Por lo que se refiere al más bajito, de sobra sé cuál es su talla: uno cincuenta y uno, de acuerdo con el reglamento. Los más altos son en general los del 4.º Regimiento de la Guardia, y los más bajos los cazadores alpinos... ¡Pero qué clase de majaderías se me pasan por la cabeza!

Apagó la lámpara y se acostó. No conseguía conciliar el sueño. No debería haber tomado aquel maldito café al final, se lamentó.

Contemplaba el cielo raso blanco de su habitación, por el que a intervalos resbalaba la luz de los faros de algún coche que pasaba por el bulevar. La luz se proyectaba en listas sobre el techo tras atravesar las persianas a medio bajar y el general tuvo la impresión de tener delante la pantalla de un aparato de rayos X, donde gentes desconocidas, uno tras otro, se hacían examinar para marcharse a continuación.

Las listas están ahí, sobre la mesa, esparcidas, pensó, y sintió un escalofrío. Ojalá hubiera podido traer a su mujer consigo. Se tenderían así en la oscuridad, el uno al costado del otro, hablando en voz baja, y él le contaría todo lo sucedido. Aunque ella habría sentido miedo, como durante los últimos días antes de que partiera rumbo a Albania.

Habían sido unos días bien diferentes de los que componían su existencia habitual, cargados de un elemento nuevo y desconocido. Acababan de comenzar las primeras lluvias y él había regresado de la playa, cuando el primero de los visitantes se presentó en su casa. Estaba trabajando en su despacho cuando la sirvienta le anunció que alguien lo esperaba en el salón.

El desconocido estaba de pie junto a la ventana. Fuerá caía el crepúsculo y en el jardín sombras de formas caprichosas flotaban desconcertantes en el aire. Al oír el crujido de la puerta al abrirse, el visitante se volvió y saludó al general.

—Le pido disculpas por importunarlo —habló con voz ronca y profunda—. He sabido que pronto partirá usted rumbo a Albania con objeto de repatriar los restos de nuestros soldados que descansan allá.

—Está usted bien informado —respondió el general—. Espero salir dentro de dos semanas.

—Tengo un ruego que hacerle —prosiguió el desconocido y extrajo del bolsillo un manoseado mapa de Albania—. Yo fui soldado y participé en la guerra en ese país durante dos años.

—¿En qué unidad? —preguntó el general.

—División de Hierro, 5.º batallón, pelotón de ametralladoras.

—Prosiga, le escucho —dijo el general.

El hombre se inclinó sobre el viejo mapa desplegado y, después de buscar durante un instante, señaló un punto con el índice.

—Fue en este lugar, durante una operación de gran envergadura en pleno invierno, en el que mi batallón fue desbaratado por los guerrilleros albaneses. Los que pudimos escapar a la muerte nos dispersamos en todas direcciones amparándonos en la noche. Yo llevaba conmigo a un camarada herido. Hacia el amanecer murió, mientras yo lo arrastraba a la entrada de una aldea abandonada. Lo enterré yo mismo como pude, tras la pequeña

iglesia del lugar, y me fui. Así sucedió. Su tumba no la conoce nadie, por eso he venido a verlo, para rogarle que cuando su ruta lo lleve por aquellos parajes recobre sus restos y nos los traiga junto con los demás.

—Su nombre figurará seguramente en la lista de desaparecidos —dijo el general—. Las listas son muy precisas aunque, de todos modos, usted ha obrado muy bien al venir a verme, pues siempre habrá más dificultades para dar con el paradero de los desaparecidos. En estos casos el éxito de nuestra búsqueda depende en gran medida del azar.

—He preparado también un sencillo croquis, como he podido —dijo el desconocido y extrajo del bolsillo un nuevo pedazo de papel en el que había dibujado a bolígrafo algo semejante a una iglesia y a su trasera dos flechas, bajo las cuales estaba escrito en tinta roja: «tumba»—. Muy cerca de allí hay un manantial —prosiguió—, y algo más allá, hacia la derecha, dos cipreses, justo en este lugar —e hizo una nueva señal en las proximidades de la iglesia.

—Está bien —dijo el general—. Muchas gracias.

—Soy yo quien debe agradecérselo —replicó el otro—. Era mi mejor amigo.

Quiso decir algo más, tal vez relatar algún pequeño suceso, pero el talante severo y oficial del general le impidió continuar hablando. Luego el desconocido se marchó, sin que el general se hubiera enterado siquiera de a qué se dedicaba ni cuál era su nombre. Pero esto no fue más que el comienzo.

Cada tarde, cuando se encontraba en casa, no paraba de sonar el timbre y el salón se llenaba de diferentes personas, siempre desconocidas, que deseaban verlo. Eran gentes diversas, de todas las profesiones posibles, esposas, padres, viejos, veteranos, y todos aparecían medrosos en el amplio sofá de la sala con idéntica expresión en las caras, esperando al general. Más tarde comenzaron a llegar también procedentes de otras ciudades y regiones; éstos esperaban con aire todavía más medroso y se explicaban a duras penas ante el general, ya que todo lo que sabían acerca de sus seres queridos muertos en Albania resultaba extremadamente impreciso e incierto.

El general tomaba nota de cuanto le decían en un cuaderno, sin cesar de repetir:

—No se inquiete. Las listas elaboradas por el Ministerio de la Guerra son muy precisas y las indicaciones y detalles que contienen nos permitirán sin duda encontrarlos a todos. No obstante, yo tomo nota de las precisiones que usted me proporciona. Podrían sernos de utilidad.

Ellos se marchaban dando las gracias, y al día siguiente llegaban otros, con los impermeables mojados, pisando con timidez la gruesa alfombra, donde quedaban las huellas de sus zapatos. Eran personas que se mostraban inquietas ante la posibilidad de que sus familiares muertos hubiesen sido olvidados y no apareciesen en las listas; había quienes mostraban los telegramas recibidos del mando durante la guerra, en los que aparecían indicados el lugar y la fecha en que el soldado «había caído por la patria», mientras algunos otros, en particular padres ancianos, no creían que sus hijos fueran a ser hallados por medio de las listas y abandonaban la casa desesperados, tras rogarle al general que hiciera cuanto estuviera en su mano para dar con su paradero.

Todos tenían su privativa historia que contar y él se veía obligado a escucharlos uno a uno, comenzando por las antiguas esposas, ahora casadas con otros, que se interesaban a escondidas de sus actuales cónyuges por sus primeros maridos; hasta los jóvenes de veintitantes años, vestidos con jersey y gabardina, que nunca habían tenido la oportunidad de conocer a sus progenitores militares.

La última semana antes de partir, el flujo de visitantes se incrementó notablemente. Ahora, al regresar del cuartel, el general encontraba atestado de gente su salón, que más parecía la antesala de una clínica donde los enfermos esperaran para ser atendidos, con la única diferencia de que aquí reinaba una mayor tranquilidad. Los visitantes permanecían silenciosos, contemplando durante horas los dibujos caprichosos de la alfombra, de la cual sólo levantaban la vista cuando hacía su entrada un nuevo recién llegado, que tomaba asiento al igual que los demás en un rincón.

Algunos, campesinos venidos de muy lejos, se presentaban con un hatillo que depositaban a sus pies; mientras que, a la puerta de entrada, lo primero con lo que se topaba el general nada más descender de su

automóvil eran las bicicletas apoyadas contra las verjas de hierro y, muy de cuando en cuando, algún coche aparcado junto a la acera. Acto seguido entraba directamente en el salón, donde sentía el fuerte olor de las ropas mojadas mezclado con el del perfume de alguna mujer elegante, y todos se ponían en pie en señal de respeto, en silencio, al igual que poco antes, sin decir palabra ninguno, pues de sobra sabían que no había necesidad.

—Papá —le preguntaban sus hijos cuando el general, después de cambiarse de ropa, se sentaba a la mesa en el comedor—, ¿quién es toda esa gente?

El general reía y se esforzaba por hacer alguna broma, pero ellos insistían.

—¿Es que se marchan a la guerra, papá? —preguntaba el niño.

—No, ya estuvieron en ella.

—¿Por qué vienen aquí entonces?

—Porque tienen familiares movilizados y quieren enviarles paquetes y cartas.

Luego, al terminar de comer, pasaba al salón y los visitantes le exponían su caso por riguroso orden. ¡Eran tan semejantes sus palabras! Y lo que les había sucedido a los suyos era tan parecido que él tenía la impresión de que cada día era el día anterior y de que estaba viéndolo en sueños. Con frecuencia, las mujeres que acudían para interesarse por sus hijos o sus esposos no podían contener los sollozos y el general se ponía cada vez más nervioso.

—¡Ya basta! —le gritó un día a una mujer que se echó a llorar—. Esto no es un centro de lamentaciones. Su hijo cayó en el campo del honor, allá donde la patria lo había llamado. Cayó como un valiente.

—¡Funesta valentía! —replicó la mujer.

En otra ocasión, un hombre de gran talla, apenas entró, le dijo en voz alta desde la puerta:

—¡Su misión no es más que hipocresía!

El general palideció de cólera.

—¡Así no hablan más que los vendidos! ¡Fuera inmediatamente!

Hacia la mitad de la semana, entre los que esperaban figuraba una mujer muy anciana acompañada por una muchacha joven. La vieja parecía estar

exhausta, de modo que la atendió en primer lugar.

—Tengo a mi hijo allí —dijo ella con un hilo de voz—, mi único hijo —y extrajo un pañuelo que comenzó a desdoblar con manos temblorosas. Una vez que lo hubo desplegado, sacó de su interior un telegrama ajado por el tiempo y se lo tendió. Él leyó la habitual fórmula del mando militar que notificaba la muerte del muchacho y su mirada quedó apresada en las últimas palabras: «Cayó por la patria en Stalingrado».

—Señora —le explicó lentamente—, yo voy a Albania, no voy a viajar a Rusia.

La anciana lo miró durante unos segundos con sus ojos apagados, pero no pareció haber entendido nada.

—Tengo un ruego que hacerte —dijo—, a ver si puedes averiguar dónde y cómo murió, quién se encontraba junto a él cuando entregó el alma, quién le dio de beber y cuál fue su última voluntad.

El general se esforzó por hacerle comprender que él no iba a Rusia, pero la vieja no entendía nada e insistía en su ruego, mientras el resto de los presentes en el salón se miraba en silencio.

—Vaya usted, madre —dijo por fin con voz dulce un hombre—. El general hará todo lo posible por complacerla. —Y la anciana le dio las gracias y se marchó, apoyándose con una mano en su bastón y con la otra en la muchacha que la acompañaba.

Al día siguiente otro solicitante le presentó un despacho anunciando la muerte en África de uno de los suyos, pero tras comprender su error se excusó y se marchó.

Otra tarde, dos días después, un individuo ceñudo esperó a que se hubieran marchado todos los demás.

—Yo también fui general —dijo casi con irritación—, e hice la guerra en Albania.

Los dos se miraron durante un instante con desprecio: el uno porque se encontraba frente a un general vencido, el otro porque tenía delante de sí a un general de tiempos de paz.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó fríamente el general en activo.

—De hecho, nada. En realidad no espero nada especial de usted. A decir verdad, no tengo la menor confianza en todo esto y, en el fondo, encuentro

ridículo el montaje. Aunque, ya que ha asumido usted esta misión, llévela a buen término, ¡qué diablo!

—¿Puede usted expresarse con mayor claridad?

—No tengo nada más que decir. Pretendía únicamente advertirle para que tenga cuidado. Haga honor a su rango. Mantenga la cabeza bien alta y no la incline jamás ante ellos. Tratarán de provocarlo, le harán incluso objeto de sus burlas, pero debe usted saber cómo responderles. Debe permanecer usted vigilante. Ellos intentarán ultrajar los restos de nuestros soldados. Los conozco bien. Se burlaban con frecuencia de nosotros. Ya se mofaban en aquella época. ¡Figúrese lo que serán capaces de hacer ahora!

—Yo no toleraré bajo ninguna circunstancia semejantes actitudes — declaró el general.

El otro lo miró con gesto de commiseración, como si estuviera a punto de decirle: «pobre infeliz», y salió sin siquiera despedirse.

Los tres días que siguieron, los últimos antes de la partida, el salón del general estuvo constantemente repleto. Entregado a los preparativos, él estaba ya harto de visitas y no deseaba sino partir cuanto antes. Su mujer se mostraba nerviosa aquella temporada.

—¿Y si rechazaras esa misión? —le espetó una noche, mientras estaban ambos, aún despiertos, tendidos en el lecho—. Tengo la sensación de que la muerte hubiese entrado en esta casa.

Él la tranquilizó como pudo y esa noche durmió peor que las anteriores. Era como si al día siguiente partiera hacia la guerra.

Recibió al último visitante la mañana del mismo día en que partiría en avión. Andaba apresurado, pues debía estar en el aeropuerto muy temprano. Cuando salió al jardín para abrir la puerta del garaje, se encontró con dos personas que estaban durmiendo acurrucadas junto a la puerta, apoyadas en las verjas de hierro, envueltas en mantas. Se trataba de un anciano y de un hombre joven, su nieto, y venían de una de las más distantes regiones fronterizas. Habían debido viajar durante largos días para conseguir llegar al fin con el último tren de la noche y, no atreviéndose a llamar a la puerta a esas horas, se echaron a dormir en la acera, a la espera de que llegara la mañana.

El general repitió por última vez las mismas palabras: «Las listas han sido elaboradas con minuciosidad, no deben tener cuidado, los encontraremos». El viejo aldeano le dio las gracias con un gesto de la cabeza, mientras trataba de apartar la manta que su nieto y él, despertados bruscamente con el ruido de la puerta, habían dejado caer a sus pies junto a la verja.

Esto había sido todo, así finalizaron aquellas dos últimas semanas que el general, tras regresar de la playa, había pasado en su casa.

Capítulo V

Se encontraban de nuevo en ruta. Caía una lluvia fina. Hacía semanas que recorrían terrenos abruptos, con escasas aldeas. Su coche avanzaba en cabeza y el camión que transportaba a los obreros y los útiles de trabajo lo seguía. Campesinos ataviados con sus apretadas ropas de lana negra recorrían continuamente la calzada en ambas direcciones, a pie, a caballo o en las cajas de los camiones. El general observaba con atención el relieve del terreno. Intentaba imaginar qué tácticas habrían debido emplear los distintos ejércitos que habían guerreado allí y cuáles otras utilizaría de manera general aquel pueblo.

En una barraca, no muy alejada del centro de una localidad, vendían periódicos. La gente se aglomeraba ante la ventanilla del precario establecimiento. Algunos leían en pie, otros hojeaban los periódicos al tiempo que se alejaban.

—Los albaneses leen mucho la prensa —comentó de pronto el general.

El cura se agitó en su rincón.

—Eso se debe a que se interesan mucho por la política. Tras la ruptura con la Unión Soviética se han quedado completamente solos en Europa.

—Como siempre.

—Pero ahora están por entero rodeados de potencias que les son hostiles.

—¡Un país tan pequeño y tan pobre, sometido a bloqueo! ¡Resulta extraño!

—Es verdad. Será difícil que salgan adelante dadas las actuales circunstancias...

—¡Vaya un pueblo! —exclamó el general—. Por lo que se ve, es imposible reducirlo por la fuerza. Tal vez pueda someterlos la belleza.

El cura se echó a reír.

—¿Por qué se ríe?

—Porque está usted hablando como un filósofo y no como un general.

El general contempló el sombrío paisaje sumido en la bruma, las laderas desnudas de las montañas, la multitud de piedras de todas las dimensiones y formas que cubrían la tierra. Sintió cómo lo invadía una honda tristeza. Llevaba dos semanas seguidas viendo las mismas laderas pedregosas y le parecía que guardaban en su salvaje desnudez un secreto trágico.

—Éste es un país trágico —dijo—. Hasta sus vestimentas contienen algo de trágico. Fíjese en esos manteos negros y en las faldas de las mujeres.

—Ya los veo.

—¿Acaso no son trágicos?

—¿Qué diría usted si escuchara sus cantos? Luto, lobreguez. Todo ello está relacionado con el destino de este país. No existe pueblo que a lo largo de los siglos haya conocido una suerte más triste. Eso es lo que les ha inoculado esa rudeza.

—¿No tienen canciones alegres?

—Pocas. Muy pocas.

El automóvil descendía por una carretera de montaña. Hacía frío. De vez en vez, los camiones que circulaban en sentido contrario dejaban oír sus acelerones. Sobre la ladera de la montaña se destacaba una fábrica en construcción. El paisaje desolado y desnudo tornaba gigantesca la edificación sobre el fondo de la niebla.

—Una fábrica de cobre —dijo el cura.

Aquí y allá, en las encrucijadas, comenzaron a aparecer de nuevo las fortificaciones cuadradas, circulares, hexagonales, mostrando sus estrechas troneras que miraban directamente a la carretera. Cuantas veces el coche tomaba una curva quedaba durante varios segundos bajo el ángulo de fuego y el general clavaba sus ojos en las pequeñas aberturas, abandonadas, por las que fluía el agua gota a gota.

¡Pasamos!, decía para sí cuando el vehículo salía del campo de tiro, pero en la siguiente curva volvía a aparecer otra casamata, como si brotara de la tierra, y nuevamente el coche permanecía durante varios segundos en

la zona de fuego. El general observaba el agua que corría por el cristal y, de vez en cuando, mientras dormitaba, le parecía sentir que los cristales saltaban de pronto en mil pedazos, y entonces abría los ojos. Pero las casamatas continuaban silenciosas y abandonadas. Si se las miraba con atención, de lejos resultaban semejantes a ciertas esculturas egipcias, con una expresión tan fría y despectativa como enigmática, según la posición de sus troneras. Cuando éstas eran verticales, la expresión de la casamata se tornaba feroz y amenazante, como la de un mal espíritu; cuando, por el contrario, las aberturas eran horizontales su extraña mímica expresaba indiferencia y menosprecio.

Cerca de la hora de comer descendieron a la llanura y pronto llegaron a una aldea situada al borde de la carretera. La lluvia había cesado. Como de costumbre los chiquillos se agolparon en torno al automóvil: se gritaban desde lejos los unos a los otros y desembocaban corriendo desde todas las callejuelas en la carretera. A unos metros de distancia del automóvil se detuvo el camión y los obreros del servicio municipal saltaron uno tras otro a tierra, después de lo cual comenzaron a agitar brazos y piernas para desentumecerse.

Los aldeanos que pasaban se detenían para observar a los extraños. Parecían estar al tanto de los motivos de su llegada, cosa que podía leerse en la expresión de sus caras. Sobre todo en el caso de las mujeres. A estas alturas el general ya conocía de sobra aquel brillo frío en sus ojos. Nosotros les recordamos la ocupación, pensó. Y cuanto más ásperos hayan sido los combates en cada una de las diferentes comarcas, más hostiles son sus rostros.

En un terreno baldío situado junto a la aldea había numerosas tumbas. El cementerio estaba cercado por un muro de baja altura, derruido a trechos. Los que reposan ahí son sin duda de los nuestros, se dijo el general y se envolvió estremecido en su largo impermeable. Más allá, el cura recordaba a una gran cruz sacada de algún grabado. Resulta bien claro cómo fueron cercados, pensó. Intentarían sin duda atravesar el puente sobre el río y allí los acribillaron a todos. ¿Quién sería el estúpido oficial que los metió en esa trampa? De las notas no es posible deducir quién era el comandante de la fuerza.

El experto albanés procedió a dar cumplimiento a las formalidades de rigor. A cierta distancia de las primeras se encontraba otro grupo de tumbas, éstas situadas cerca del villorio, cada una de ellas con una estrella roja en la cabecera. El general reconoció al instante el «cementerio de los mártires», según la denominación utilizada por los nacionales para designar los lugares de enterramiento de los guerrilleros. Siete de sus compatriotas habían sido enterrados allí, entre los albaneses. En las pequeñas chapas metálicas, todas las cuales ostentaban una estrella roja, estaban escritos, llenos de errores ortográficos, los nombres de los soldados, su nacionalidad y la fecha de su muerte, que era la misma para todos. Sobre una placa de piedra aparecían grabadas las siguientes palabras: «Estos soldados extranjeros cayeron heroicamente junto a los guerrilleros albaneses en combate con las fuerzas del Batallón Azul, el 17 de marzo de 1943».

—Nuevamente el Batallón Azul —dijo el general, mientras paseaba entre las tumbas—. Es la segunda vez que damos con el rastro del coronel Z. De acuerdo con las listas, en este lugar deben encontrarse dos soldados de su unidad.

—Debemos preguntar a la gente si sabe algo del coronel —dijo el cura—. Pese a que en marzo de 1943 debía de estar vivo aún.

—Así es. En cualquier caso, debemos al menos tomar nota.

Mientras los forasteros cumplimentaban los formularios de gastos, sin hacerse notar, algunos lugareños se habían acercado a las tumbas. Luego se adelantaron también algunas mujeres ataviadas con las vestimentas características de la zona. Los niños se aproximaban más que el resto del grupo y se decían algo al oído unos a otros mientras agitaban sus pequeñas cabezas de cabellos rubios. Todos seguían con la mirada, en silencio, los movimientos del reducido grupo en el interior del cementerio.

Una mujer de edad avanzada, con un barrilete a la espalda, se acercó a ellos:

—¿Se los van a llevar? —preguntó en voz baja.

—Sí, se los llevan —le respondieron varios murmullos.

La anciana permanecía en pie, siempre con el barrilete a cuestas, y observaba al igual que el resto. Después dio algunos pasos al frente y se dirigió a los obreros:

—Hijos, decidles que no mezclen a éstos con los demás. Los hemos llorado lo mismo que a nuestros hijos.

El general y el cura se volvieron hacia la vieja, pero ya ella se había dado la vuelta y se alejaba; su barrilete se balanceó todavía unos instantes, antes de desaparecer por una callejuela de la aldea.

Los lugareños, alineados al borde del cementerio, guardaban tal silencio que parecían no encontrarse allí. Observaban con atención los movimientos de los hombres que, con los cuellos alzados para protegerse del frío, vagaban arriba y abajo, como si anduvieran buscando algo que no lograban encontrar.

—Las excavaciones en ambos cementerios darán comienzo mañana — dijo el general—. Hoy debemos buscar a los dos soldados del Batallón Azul y al piloto derribado.

Todo el mundo allí conocía la historia del aviador.

Los restos del aparato derribado estaban aún esparcidos en un pequeño bosquecillo, al otro lado de la aldea, y el aviador había sido enterrado por los mismos aldeanos cerca del avión. No había quedado más rastro que una gran piedra que, al parecer, señalaba la cabecera de la sepultura. En cuanto al avión, no era ya más que un montón de chatarra oxidada. Un campesino les contó que ellos habían desmontado poco a poco todas las partes que podían serles de alguna utilidad, en primer lugar las piezas de caucho o de goma, utilizadas durante la guerra como combustible para alumbrarse en lugar de las velas, incluidas las partes metálicas más pesadas a las que habían dado las más diversas utilidades.

Dos de los obreros se pusieron de inmediato a cavar, mientras el resto del grupo retornaba a la aldea.

La lluvia había cesado hacía ya tiempo, pero las rodadas trazadas en las calles por las ruedas de los carros y los tractores continuaban inundadas de agua. Aquí y allá se alzaban almires a medio consumir, todavía mojados. Entre los cipreses se destacaba a lo lejos el campanario de la vieja iglesia y de un campo situado más allá llegaba el aullido de un tractor.

Almorzaron en sus propios vehículos, tras lo cual fueron a tomar un café al círculo de la cooperativa. El local estaba saturado de humo de cigarrillos y prácticamente todas las mesas estaban ocupadas. Un pequeño

aparato de radio funcionaba a todo volumen. Los aldeanos charlaban en voz alta. Era fácilmente perceptible que se trataba de gentes del llano, con los cabellos descoloridos por el sol y la piel requemada. Incluso el timbre de sus voces era distinto del de los montañeses: más suave, más melodioso.

El general, mientras tomaba su café, observaba las consignas escritas con pintura roja en las paredes. Resultaban comprensibles las palabras «imperialismo», «revisionismo», «pleno», así como el nombre de Enver Hoxha, que aparecía bajo una breve cita.

Poco después llegó el especialista albanés, acompañado por un hombre joven vestido con una chaqueta de pana. Ambos se acercaron a la mesa ante la que se sentaba el general y el experto hizo las presentaciones.

—El presidente de la cooperativa. El general...

El hombre clavó en el general sus ojos claros, en los que podía leerse la sorpresa, y los dirigió después al experto.

—El asunto es el siguiente —dijo este último—: durante esta semana tenemos previsto excavar en los dos cementerios militares que se encuentran junto a vuestra aldea. Traemos a nuestros obreros con nosotros, pero para acelerar el trabajo no nos vendría mal, si es posible, que ustedes nos echaran una mano.

—¿Van a necesitar brazos? —preguntó el presidente.

—Eso es.

El joven pareció vacilar un instante antes de responder.

—La verdad es que estamos bastante atareados ahora —dijo—. Nos encontramos en plena época de labores y además el tabaco y el algodón no nos marchan demasiado bien este año. Así que...

—Será solamente cosa de unos días —lo interrumpió el experto—. Además, tenga en cuenta que quienes participen serán debidamente retribuidos. Ellos —señaló con un gesto de la cabeza al general y al cura— están dispuestos a pagar treinta lekes nuevos por cada tumba abierta y cincuenta por cada una en la que se encuentren restos.

—Nosotros pagamos bien —intervino el general.

—No se trata de eso —dijo el presidente de la cooperativa—. El caso es que este asunto debería estar autorizado por el gobierno, quiero decir...

—Por eso no tiene que preocuparse. Tengo un permiso de la Presidencia del Consejo. Mire.

El presidente leyó el documento que le mostraban y reflexionó durante unos instantes.

—De todos modos, deberán hablar con el comité ejecutivo de la región.

—Por supuesto —respondió el experto—. Mañana mismo, cuando vayamos a la ciudad.

—Puedo proporcionarles diez hombres durante tres o cuatro días, no más.

—Con eso bastará.

El general le dio las gracias y se pusieron en pie.

Nadie en el lugar sabía nada acerca de los dos soldados del Batallón Azul muertos y enterrados allí. Por lo que se refiere al coronel Z., los aldeanos de edad avanzada lo recordaban bien. Había pasado por allí dos veces con su batallón y las dos veces había incendiado la aldea. Los jóvenes sólo se acordaban de haber contemplado sus casas mientras ardían, desde lo alto del cerro al que toda la aldea se encaramó, abandonando enseres y ganado.

Nadie había oído hablar de los dos soldados. Lo más probable es que los hubieran enterrado sus mismos camaradas de batallón durante el tiempo en que la aldea permaneció abandonada.

—Eso no impedirá que los encontremos —dijo el general—. En el documento se precisa con todo detalle el lugar donde están enterrados, y si yo insistí en que preguntáramos a los campesinos fue porque sus indicaciones contribuyen a que nuestro trabajo resulte más fácil.

Más de una hora estuvieron esforzándose el experto albanés y él por determinar, sobre la base de las precisiones de los mapas topográficos, el lugar exacto del enterramiento y finalmente consiguieron dar con él. El punto estaba situado en el establo de las vacas de la cooperativa. Se dirigieron allí acompañados por un grupo de cooperativistas y por los obreros y, una vez apartaron a los animales del lugar, comenzaron a cavar. Las terneras observaban con ojos tranquilos y hermosos a los intrusos y en el establo flotaba el aroma agradable de la hierba seca.

No había caído aún la noche y ya habían encontrado los restos del piloto y de los dos soldados. Los del primero aparecieron apenas sin esfuerzo, pero para dar con los soldados fue preciso abrir numerosas zanjas, y así quedó el establo cuando los visitantes lo abandonaron, todo agujereado, como si hubiese sufrido un intenso bombardeo.

Los obreros procedieron a llenar los fosos y allanar el terreno sin apresurarse. Aquella noche dormirían en la aldea, en las casas de los campesinos. En cuanto al general y al cura, habían decidido pasarla en una pequeña ciudad situada a treinta kilómetros de allí. Regresarían al día siguiente por la mañana temprano.

Era ya noche cerrada cuando se pusieron en camino. Su automóvil rodaba a escasa velocidad por la carretera principal, iluminando durante un fugaz instante con sus faros los álamos que flanqueaban el camino, algún carro que regresaba de los campos, los huertos cercados de altas cañas.

—¡Pare el coche! —ordenó de pronto el cura, cuando pasaban junto al cementerio de sus soldados.

El conductor frenó.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el experto.

El cura mostraba algo con la mano al general en el muro del cementerio.

Abrió la portezuela y salió. El general lo hizo tras él, estrellando la portezuela con violencia. También descendió el especialista.

—¿Y esto qué significa? —gritó el general señalando con la mano el bajo murete del cementerio. Sobre él estaba escrito con carbón, en mayúsculas grandes e irregulares: «Así acaban nuestros enemigos».

El especialista se encogió de hombros.

—Alguien debe de haberlo escrito esta tarde —dijo—. Por la mañana no había nada.

—Eso ya lo sabemos —replicó el general—. Lo que nosotros queremos que nos diga es con qué objeto y quién ha promovido semejante provocación. Resulta vergonzoso que...

—Yo no veo nada vergonzoso —dijo con calma el experto.

El cura había sacado una libreta de notas del bolsillo y parecía escribir la frase pintada en el muro.

—¿Cómo que no es vergonzoso? —exclamó el general—. ¡Una frase así en el muro del cementerio de nuestros caídos en la guerra! Presentaré una protesta formal. Se trata de una grave provocación, de un gesto intolerable.

El especialista se volvió con irritación.

—Hace veinte años ustedes escribían las consignas fascistas sobre los pechos de nuestros camaradas a quienes ahorcaban, y ahora se indignan por una simple frase, escrita seguramente por un escolar.

—No estamos hablando de lo que sucedió hace veinte años —lo interrumpió el general.

—A fin de cuentas, se trata de una verdad de carácter general.

—No se trata de lo que pasó hace veinte años.

—¿No se refiere usted con frecuencia a los griegos y a los troyanos? ¿Por qué no vamos a poder hablar de lo sucedido hace veinte años?

—Estas discusiones no conducen a ninguna parte —dijo el general—. Aquí sopla mucho el viento.

Los tres se dirigieron con paso apresurado hacia el coche. Las portezuelas se cerraron violentamente una tras otra, como una ráfaga, y el chófer apretó el acelerador. Pero no avanzaron más allá de cinco minutos. Al salir de la aldea, pasado un puente de madera, la carretera estaba bloqueada por un carro al que se le había salido una rueda. Dos campesinos se afanaban en torno a él.

—Perdonen —le dijo uno de ellos al especialista, que había descendido del coche.

—No tiene importancia.

Mientras se esforzaban en volver a colocar la rueda, el lugareño le preguntó al experto:

—¿De dónde eres?

El otro se lo dijo.

—Ya nos enteramos de por qué habéis venido —dijo el campesino—. Las mujeres de la aldea no tenían otra cosa en la boca que vuestra llegada. En cuanto vieron los coches comenzó el parloteo.

—¡Empuja un poco, maldita sea! —gritó el otro campesino, que no cesaba de empujar la rueda.

—Dicen que van a sacar a los soldados extranjeros de sus tumbas para llevárselos a su tierra —continuó el campesino tranquilamente—. Y que de paso van a desenterrar también a los *ballistas*^[1] muertos y se los van a llevar al extranjero, más allá del sol poniente. ¿Es verdad?

El especialista se echó a reír.

—Es lo que hemos oído decir —dijo el campesino—. Incluso muertos, que permanezcan del lado del enemigo, lo mismo que cuando estaban vivos. Aliados entonces, aliados ahora. Bueno, eso es lo que se decía.

El especialista volvió a reír.

—No, no es verdad —dijo—. A nadie se le ha pasado por la cabeza ocuparse de los *ballistas* muertos.

—¡Pero empuja ya, diablos! —volvió a gritar el otro aldeano. La rueda no acababa de encajar.

A lo lejos ladraban los perros. Alguien que volvía de los campos se acercaba con un farol en la mano. Su luz temblaba, como asustada.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—¿Qué? ¿Se os ha salido una rueda? —preguntó el recién llegado, al tiempo que alzaba el farol y observaba con extrañeza el coche y a los forasteros.

—Ya lo ves —respondió uno de los aldeanos.

Hubo un silencio.

—¿Vienes de los apriscos? —preguntó el otro.

—Sí, de allá vengo.

El hombre permaneció unos instantes allí plantado, después dio las buenas noches y se alejó. La luz del farol se proyectaba a rachas sobre los almoriares que se alineaban silenciosos al borde del camino.

Los perros continuaban ladrando.

—¿Te dedicas siempre a esto? —le preguntó el paisano al especialista.

Éste asintió con un gesto de la cabeza.

—Desde hace algún tiempo —respondió al cabo de un momento.

El aldeano dejó escapar un hondo suspiro.

—No es un trabajo muy agradable.

El chófer silbaba una melodía reciente.

—¡Vamos, empuja!

La rueda pareció finalmente encajar en su sitio.

—¡A las buenas noches! —dijeron a coro algunos campesinos que volvían de los campos con las azadas al hombro.

—¡Buenas noches!

El carro dejó por fin expedita la calzada y el automóvil partió velozmente por la carretera.

La noche de octubre había descendido sobre la llanura. La luna, tras haber pugnado inútilmente por salir de las sombras, derramaba ahora su luminosidad glauca a través de los lechos esponjosos de las nubes y de la bruma que, empapadas, saturadas de luz e incapaces de contenerla, la dejaban derramarse despaciosa, quedamente, de modo uniforme, de un confín a otro del horizonte, sobre la planicie inmensa. El cielo parecía ahora untuoso y, junto a él, el horizonte, los campos, la carretera parecían haber sido salpicados de leche.

Había noches de otoño en que el cielo se tornaba insopportable, todo él se sumergía en la luminosidad indiferente, desolada y obsesionante de la luna. Tendidos sobre la tierra, de espaldas, todos nosotros nos decíamos sin duda lo mismo: ¡Dios mío! ¡Qué cielo!

La carretera estaba plagada de baches que se destacaban, grandes y negros, cuando los haces de los faros corrían paralelos sobre ellos, arrebatándoselos a las tinieblas.

Al cabo de una hora, a lo lejos, aparecieron las luces de la ciudad.

Capítulo VI

El automóvil se detuvo ante el hotel de Albturist. Por las calles mojadas, ante los escaparates iluminados con luces de neón, se veía a algún escaso transeúnte. El aire de la noche era cortante y los viajeros se apresuraron a entrar en el vestíbulo del hotel. No faltaban habitaciones libres, pues la temporada turística había terminado ya.

—¿Quieren las habitaciones del lado del río? —preguntó el administrador en un inglés macarrónico.

—Sí, a ser posible —respondió el cura—. Gracias.

Un botones les ayudó a subir las maletas.

—Hay una buena vista del lado del río —comentó el cura cuando se encontraron en su habitación.

—¿Ha estado usted alguna vez en esta ciudad?

—Sí.

—¿Cuántas veces ha visitado Albania?

—Varias durante los años 1938 y 1939, la última vez a mediados del 42. Pero la situación que encontré entonces era ya completamente distinta.

El general se aproximó a la ventana y apartó la cortina. A lo lejos, sobre la llanura, continuaba imperando la misma luminosidad turbadora de la luna. Volvió a correr la cortina y encendió un cigarrillo.

—Bajamos ya al comedor? —dijo el cura.

—De acuerdo.

En el pasillo se encontraron con el especialista, que salía de su habitación con una toalla colgada del brazo.

—¿Viene usted a cenar? —le preguntó el cura.

—Enseguida bajo —respondió el otro.

—El teniente general con el que nos encontramos hace dos semanas en las montañas está cenando abajo en el restaurante.

—¿De verdad?

—Por lo que se ve, están haciendo excavaciones en esta ciudad —dijo el especialista.

Quince días antes, mientras su coche rodaba por una carretera que bordeaba una extensa meseta, el general, silencioso en su rincón cuando no conseguía dormitar, vio de pronto algo sorprendente.

Sobre la ladera de la montaña un grupo de obreros ataviados con la vestimenta de algodón característica de los servicios municipales excavaba la tierra en cuatro o cinco puntos. Más allá, al borde de la carretera, se encontraba detenido un coche y, a cierta distancia detrás de él, un camión con la caja cubierta por una lona. Los dos vehículos eran idénticos a los suyos. Un militar con impermeable permanecía en pie junto al automóvil verde. Al borde de la carretera otro hombre, vestido de negro, le daba la espalda a la calzada.

¿Qué aparición es ésta?, se preguntó el general, todavía aturdido. ¿Acaso estoy soñando? Le parecía estar viendo su propia ladera, a sí mismo, al cura y a los obreros que lo acompañaban. Parpadeó nerviosamente al tiempo que limpiaba con la mano el vaho del cristal. La visión era real.

—Mire un momento allá —le dijo en voz baja al cura.

Éste volvió la cabeza e hizo un gesto de extrañeza.

—Pare, por favor —le pidió al chófer.

El automóvil se detuvo. El general bajó el cristal de la ventanilla y extendió el brazo hacia la derecha.

—Mire aquello de allá —le dijo al experto, quien volvió la cabeza en la dirección que le indicaban.

—¿Qué están haciendo?

—Buscan soldados.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo pueden estar haciéndolo sin conocimiento nuestro?

—Están buscando a soldados de los suyos —explicó el especialista.

—¡Ah! ¿De verdad?

—Hace ya un año que nuestro gobierno firmó un convenio con el suyo, pero ellos se retrasaron mucho con los preparativos y no han comenzado hasta este verano.

—Comprendo. ¿Es también general?

—Sí, teniente general. El otro es alcalde de una ciudad.

El general sonrió y dijo:

—Ya sólo falta un general con *hoxha* incluido.

—No tendría nada de extraño —dijo el especialista sonriendo—. Es posible que también a los turcos se les ocurra venir un día en busca de los suyos.

Mientras el general y el experto albanés conversaban, los otros dos extranjeros, que continuaban detenidos al borde de la carretera, se habían vuelto hacia ellos y los miraban con curiosidad.

—Descendamos —dijo el general al tiempo que abría la portezuela—. Son colegas nuestros. No estará de más que nos conozcamos.

—¿Y eso para qué? —dijo el cura.

—Podríamos intercambiar la experiencia que hemos adquirido en este trabajo —respondió el general riendo.

Cuando se aproximaron, el general observó que su colega tenía el brazo derecho amputado. En su única mano sostenía una gruesa pipa negra. El civil era un hombre grueso y calvo.

Una vez hechas las presentaciones, se interrogaron los unos a los otros durante un buen rato hablando en mal inglés, mientras los conductores de los dos camiones se pedían algún pequeño favor. Abrieron y cerraron varias veces las tapas del motor y finalmente parecieron llegar a algún acuerdo entre ellos.

Diez minutos más tarde, tras haberse despedido de sus nuevos conocidos, se pusieron de nuevo en marcha. Ésta era la primera vez que se encontraban después de aquel día.

—Ahí están —dijo el general mientras entraba en el salón del restaurante en compañía del cura. Los otros dos los saludaron con una inclinación de cabeza. Ya habían acabado de cenar y en ese momento reclamaban la cuenta al camarero.

En cuanto a ellos, cenaron casi en silencio. El especialista y el cura intercambiaban algunas palabras a ratos, pero el general permanecía ceñudo y con aire de sentirse ofendido. En cuanto acabó de cenar, el experto subió a su habitación.

El general y el cura se levantaron poco después y se dirigieron al apacible vestíbulo del hotel, donde volvieron a reunirse con el otro militar y el alcalde, que descansaban en sendos sillones, fumando.

—Venimos todas las noches aquí —dijo el alcalde—. Llevamos una semana entera en esta ciudad y es así como pasamos todas nuestras veladas. ¿Adónde podríamos ir si no? Nos han dicho que esto es agradable en verano y que entonces hay algunos centros de diversión abiertos, pero en esta época no hay turismo y sopla día y noche un viento muy frío del lado del río.

—Podríamos haber venido antes a esta ciudad —dijo el teniente general—, pero todavía no había terminado la liga de fútbol y no nos permitían hacer excavaciones en el terreno de juego en plena temporada.

—¿Pueden ustedes imaginarse un impedimento más sorprendente? —dijo el civil.

—En realidad era una medida razonable —replicó el primero—. Aunque hubiéramos comenzado a cavar por los laterales sin entrar por el momento en el terreno de juego, no habría resultado demasiado agradable oír a los espectadores corear los goles al tiempo que nosotros íbamos sacando los cadáveres.

—Tampoco para los espectadores habría sido un plato de gusto tener a la vista las fosas abiertas durante el desarrollo de los partidos. Vamos, creo yo —dijo el general.

—Es posible que así fuera —terció el teniente general—. Aunque yo no me atrevería a poner la mano en el fuego.

El general detuvo su mirada en la única mano con la que el otro sostenía la pipa y después en la manga vacía del capote, cuyo extremo se hundía en el bolsillo derecho.

Debe de tener el brazo amputado a la altura del codo, pensó. Hacía ya rato que le inquietaba este interrogante.

—¡No comprendo cómo han podido edificar el estadio justo encima del solar del cementerio! —dijo en tono recriminatorio el cura—. El derecho internacional lo prohíbe. Deberían ustedes protestar.

—Ya lo hicimos —dijo el teniente general—, pero resultó que los cadáveres de nuestros soldados no habían sido enterrados por la gente del lugar sino por nuestras propias tropas y, lo que es peor, la operación se llevó a cabo durante la noche; nadie se enteró de nada.

—Yo no doy el menor crédito a esa historia —dijo el hombre vestido de civil.

—Tampoco me convence a mí, aunque tampoco pondría la mano en el fuego por lo contrario —se apresuró a decir el teniente general.

El general se quedó de nuevo mirando el brazo amputado.

—Pues a nosotros no nos ha sucedido nada semejante —dijo.

—¿Dónde están excavando ahora? —preguntó el alcalde.

El general dijo el nombre de la localidad.

—Tenemos trabajo para varios días —declaró el cura—. Será preciso hacer excavaciones en dos cementerios, uno grande y otro más pequeño.

—Supongo que dispondrán ustedes de listas debidamente confeccionadas.

—Sí, así es.

—Pues las nuestras están elaboradas sobre la base de testimonios verbales.

—Puede decirse que estamos buscando casi a ciegas —añadió el alcalde.

—Les resultará bastante trabajoso.

—La verdad es que mucho —dijo el teniente general—. Probablemente no lograremos encontrar más que a unos centenares de soldados, y la mayoría no podrá ser identificada.

—La identificación es cosa en extremo problemática cuando no se dispone de listas precisas.

—Ustedes, sin duda, dispondrán de indicaciones sobre la talla y la dentadura de cada uno de sus soldados.

—En efecto —respondió el cura.

—Además, según tengo entendido, todos sus hombres llevaban un medallón, ¿no es cierto?

—Ah, sí. Esas chapas de identificación nos resultan de gran utilidad, pues no son algo que se pueda descomponer.

—En cambio nuestras listas ni siquiera contienen la talla de todos los que buscamos, lo cual no contribuye que digamos a facilitarnos las cosas.

—Afortunadamente disponemos de la hebilla metálica del cinturón; representa una gran ayuda para nosotros —dijo el alcalde.

Dos muchachos entraron en el vestíbulo y se sentaron en los sillones próximos a la gran puerta de cristal que daba al jardín del hotel, del lado donde debía encontrarse el río.

—¿Qué desinfectante usan ustedes para los huesos? —preguntó el civil.

—Universal 62.

—Es un producto eficaz.

—No existe desinfectante más eficaz que la tierra.

—Eso es cierto. Pero hay casos en que ni siquiera la tierra es capaz de cumplir ese cometido.

—¿Se les ha dado algún caso de encontrar cuerpos intactos?

—¡Desde luego!

—A nosotros también nos ha ocurrido.

—Es muy peligroso.

—El peligro de infección es constante. A veces ocurre que el microbio resiste largos años a la destrucción y recupera bruscamente su virulencia cuando se desentierran los restos.

—¿Han sufrido ustedes alguna desgracia que deba lamentarse?

—Por el momento, no.

—Tampoco nosotros.

—De todos modos, no debe ahorrarse ninguna precaución.

—Por lo que he podido observar, los enterradores son experimentados.

—Así me lo parece también a mí.

—¿Quieren tomar un café? —preguntó el teniente general.

—No, gracias. Yo ya subo a acostarme —respondió el cura.

—Yo también me retiro —dijo el alcalde—. Todavía tengo que escribir una carta.

Desearon buenas noches a los generales y ascendieron por las escaleras cubiertas por una alfombra roja. En el vestíbulo reinaba el sosiego. Únicamente los dos jóvenes conversaban en el rincón opuesto y, de vez en cuando, podía distinguirse alguna de sus palabras.

El general observaba la gran puerta de cristales, tras la cual reinaba la oscuridad.

—Nosotros estamos ya rendidos, y quién sabe qué fatigas nos aguardan aún.

—Es mal terreno.

—Sí, es un terreno muy duro. Estoy aprovechando el trabajo que hacemos para estudiar algunos aspectos de la táctica de la guerra moderna en las zonas montañosas. Aunque no parece que me vaya muy bien. ¡Con un terreno semejante!

El otro no manifestó el menor interés por el asunto y el general se extrañó un tanto.

—Es curioso —intervino el teniente general—, en el estadio donde estamos ahora excavando veo casi todos los días a una hermosa joven que acude a esperar a su novio mientras él se entrena. Cuando llueve lleva puesto un impermeable azul y se queda allí en silencio, guarecida en un rincón bajo los pilares de la tribuna, siguiendo con la mirada los movimientos de los jugadores sobre el césped. El estadio vacío tiene un aire triste, lúgubre, incluso con los graderíos de cemento que brillan empapados por el agua y las fosas abiertas que se destacan negras al borde del terreno. Lo único hermoso es ella con su impermeable azul. Cuando se encuentra allí, yo me paso el tiempo contemplándola, mientras nuestros obreros cavan más allá, y ésa es la única distracción que disfruto en esta ciudad.

—¿No se asusta al ver cómo desentierran los huesos de los soldados? —preguntó el general.

—Ni mucho menos —replicó el otro—. Simplemente vuelve la cabeza hacia el otro lado y busca con la mirada a su novio que corre tras el balón por el césped.

—¡Qué curioso!

Permanecieron allí largo rato, arrellanados en sus sillones, fumando sus cigarrillos sin pronunciar una palabra.

El general rompió al fin el silencio, casi riendo:

—Somos los más grandes desenterradores del mundo. Dondequiera que se escondan esos soldados muertos, nosotros daremos con ellos. No se nos escaparán.

El teniente general dijo mirándole fijamente:

—¿Sabe? Llevo muchas noches con la misma pesadilla.

—También yo tengo malos sueños.

—Me veo en el estadio donde precisamente estamos haciendo ahora nuestras excavaciones —continuó el teniente general—. Sólo que me parece más grande y las gradas están llenas a rebosar de gente mientras nosotros cavamos. La muchacha del impermeable azul se encuentra también allí. A cada nueva tumba que abrimos, la multitud de espectadores se pone a aplaudir y prorrumpen en gritos, todo el estadio se pone en pie, coreando a voces el nombre del soldado. Yo hago esfuerzos por distinguir ese nombre con el fin de identificar al soldado, pero la voz de la masa me llega ahogada como el sonido de un trueno y no soy capaz de entender nada. ¡E imagínese que esto me sucede puede decirse que todas las noches!

—Eso se debe a que está usted obsesionado con la identificación de los soldados —dijo el general.

—Sí, se trata de eso sin duda. Ésa es mi más honda preocupación.

El general se acordó de un frecuente sueño suyo, poco más o menos semejante. Él era viejo y lo habían hecho guardián de un cementerio militar en su país, precisamente donde habían sido vueltos a enterrar los soldados que él mismo recogiera en Albania. El cementerio era grande, interminable, y por los senderos que se abrían entre las tumbas iban y venían miles de personas con una suerte de telegramas extraños en las manos, buscando a sus allegados. No lograban dar, al parecer, con las tumbas que buscaban y comenzaban entonces a sacudir la cabeza con gesto amenazante, y así miles y miles, y un miedo inmenso se apoderaba de él. Pero justo en ese momento el cura hacía sonar la campana y todas aquellas personas se esfumaban y él se despertaba.

El general quiso contarle al otro su sueño, pero cambió al poco de idea, pues tuvo el temor de que el teniente general creyera que se lo había inventado.

—No resultará nada fácil la tarea que tenemos por delante —dijo.

—Así es —respondió el otro—. Esto que estamos haciendo es una especie de duplicado de la guerra misma.

—Tal vez sea peor.

Ambos guardaron silencio un rato.

—¿Han sido ustedes objeto de provocaciones en alguna ocasión? —preguntó el general.

—No, no ha llegado a sucedernos, excepto una vez.

—¿Cómo fue?

—Unos niños se pusieron a tirarnos piedras.

—A tirarles piedras...

—Sí.

—¿Y cómo consintieron ustedes semejante ultraje?

—¿Quién ha dicho que lo consintiéramos?

—Es algo realmente asombroso —replicó el general—. ¡Eso es un acto de barbarie!

—Fue un asunto complicado —dijo el teniente general—. Habíamos abierto por error unas tumbas albanesas que nos habían parecido de las nuestras.

—¿Ah, sí?

—Sí, un episodio desafortunado. No quiero ni acordarme. Tomemos otro café.

—Vamos a estar sin pegar ojo hasta por la mañana.

—Qué más da. Así no tendremos pesadillas. A fin de cuentas, todo lo que se repite termina por volverse irritante.

El general sacudió la cabeza.

—Tiene usted razón.

Pidieron dos cafés.

¿Qué más quieres que te diga? Todo lo demás es una crónica monótona. Lluvia y barro, y listas, actas, toda clase de cifras y de suposiciones, toda una tecnología tenebrosa. Además, últimamente me está sucediendo algo extraño. En cuanto veo a una persona, de inmediato y sin pretenderlo

comienzo a despojarla primero de los cabellos, luego de los carrillos, de las mejillas enteras, de los ojos, como si fuesen aditamentos innecesarios que me impiden penetrar en su verdadera esencia; y me represento a esa persona desprovista de todo, con la sola calavera y los dientes (el único detalle de su rostro que permanece inalterado). ¿Me comprendes? Tengo la sensación de haberme internado en el reino del calcio.